

Vidas de cartón

Fabricio Muñoz

«¡Despierte! ¡Párese de ahí!». Escucho la misma voz verde y uniformada. Una patada no tan fuerte, con unos pies de cuero, nuevos, cuidados, limpios y cubiertos de cera. Una práctica que afianza la disciplina entre quienes ejercen la labor de levantar a patadas a hombres bajo cartones. Esa voz, esa maldita voz que nunca llegaba sola, siempre venía acompañada de obscenidades más grandes que pequeños puntapiés. Ese ruido convertido en palabras que ya estoy harto de escuchar, porque cuando tengo que ver el origen de ese grito, veo la cara con un entrecejo sin expresión, pero una sonrisa psicópata.

Me levanto, o quiero hacerlo. Hay dolor, no solo por los acostumbrados golpes, sino también por el terrible sueño de un regreso a una vida apacible y confortable. «Qué cosa más horrible», pienso cuando el sol ardiente torpedea mi capacidad ocular. Aún estoy vivo y aún sigo en las calles, aún soy libre, ¿pero a qué precio? Mis sueños ocurren sobre un cartón en la calle. Nunca sé si son sueños de verdad o un insomnio inconsciente que hace que mi mente divague y cree mundos y vidas alternativas. Pero esos que aparecen en esos sueños no soy yo, no podría soñarme o imaginarme con más hambre de la que tengo ahora, sin embargo, así sucede. «Levántese y recoja esas cosas. Váyase de aquí, no es lugar para dormir». Otra vez ese maldito ruido articulado y sonoro. Esa terrible voz es como el crujido de unas cuantas máquinas que operan a otras miles para el correcto funcionamiento del sistema de engranaje. Yo... yo soy un tornillo mal ajustado o, peor aún, un desecho extraviado.

Muevo la cobija sucia y húmeda, descubro mi cara. Estoy sucio; debo estarlo. Trato de lavarme cada vez que puedo con agua estancada o en fuentes, pero los gritos son más fuertes entonces. Debe ser el olor. Ese hombre con ese uniforme limpio y su rostro afeitado blandiendo su macana debe fijarse en mi cabello enmarañado y sucio. Seguramente piensa en mi terrible situación. Debe compadecerse de ver a un igual a él en condiciones tan deplorables. Un golpe con su macana en las costillas me sacó de mi ensoñación. Ese dolor de nuevo; ese hombre, cuidador del orden y de la estética ciudadana cumpliendo su deber, me ha impactado justo en la costilla que está rota desde hace una semana. Me quejo, pero hacia adentro, mientras intento levantarme con la mayor dificultad agarrando en el mismo movimiento mi querida cobija sucia y húmeda. «Váyase de aquí, este sitio no puede ver a personas como usted. Váyase lejos, lávese esa

cara y busque un puente donde nadie lo vea», me lo dijo, o lo pensó o lo pensé yo. No lo sé, pero emprendí mi caminata melancólica, suave, digna, como de aquel hombre que es libre aún, incluso de morirse de hambre si así lo decide.

Camino solo una cuadra. El dolor, el sueño, el hambre... mi mente no sabe cuál debe atender primero; no atiende a ninguno, me dejo caer sobre el pasto de un pequeño parque. Mis ojos pesan más que todo mi cuerpo, y mientras el cielo despejado y ardiente desaparece ante mi vista, las imágenes de una vida pasada o inventada aparecen en mi mente. No es una ridícula elucubración fantástica de una vida más apacible, todo lo contrario, una vida con vejámenes similares, incluso más tortuosos. He muerto miles de veces y nunca había escrito; ahora lo hago. No sé en qué tiempo ni en qué cuerpo, aunque la costilla me duele, parece ser una característica ineludible de mi existencia.

Despierto nuevamente con la imagen desvaneciéndose de un hombre muriendo en mis manos. Otra vez el mismo hombre uniformado y pulcro acude a mi salvación de Morfeo por medio de patadas, ahora reiteradas y más fuertes. «Que se levante y se vaya de acá». Lo miro. Sus ojos son tranquilos. Parece que su agresión es parte de su existencia, que la disfruta, que espera que caiga una cuadra más allá para nuevamente cumplir con su labor esteticista de limpiar esta ciudad de personas de cartón, como yo.

«¿Cómo puedo liberarme de esta escoria?», me pregunto. No es la primera vez, pero nunca he encontrado la respuesta. Miles de posibilidades irreales han pasado por mi mente y por mis manos, pero la determinación y el valor, la fuerza e incluso la salud no han estado de mi parte. Tendré que acostumbrarme a una vida libre, pero interrumpida por patadas y macanazos. «Hágale, hágale, hermano, que no tengo tiempo. Lárguese de aquí». Esta vez sí lo dijo; mi imaginación no habla así, no puede hablar así.

La muerte, claro que sí, la muerte es la respuesta, la muerte es la única esperanza. Debo esperar la muerte como mi objetivo. El hambre y esta costilla en algún momento me llevarán a ese deceso, que ahora espero como mi destino. Estoy seguro de que la muerte se apiadará, observará a esas botas lustradas siguiendo mis pasos irregulares y acudirá a mi salvación.

Pero no es así, parece no estar aquí, parece no hacer presencia entre nosotros. Tal vez su poder no es omnipresente como pensé. Camino y miro hacia atrás. Ahí está. En ocasiones parece detenerse y dejarme por fin en paz, pero renueva su andar blandiendo su macana. Como un personaje terrorífico de película que sonríe persiguiendo su objetivo. Empiezo a sudar, mi corazón cada vez se muestra más intranquilo, mis manos siempre sudorosas ahora tiemblan de un pavor nunca antes experimentado por mi mente. Ahí está, viene caminando. Esa mancha verde y de botas negras camina de manera taciturna pero segura. Él, seguro de que en algún momento voy a caer, no se apresura, sabe que me alcanzará.

Sin embargo, camino y no dejo de hacerlo. Marcho con la intención de perderlo, volteo en la esquina y corro con todas mis fuerzas. Agitado, recupero mi andar regular, giro mi cabeza, lo veo, pero ahora más cerca. «No es posible», pienso. Camino más rápido, cambio de acera. Ahora no solo tiemblan mis manos, también lo hacen mis piernas, mis ojos se nublan, el vértigo es permanente. «Voy a desmayarme», digo. Lo digo esperando que alguien me escuche ¿pero de qué serviría? Nadie acudiría en mi ayuda.

Mi mirada se torna traslúcida, como si un velo hubiese sido puesto en mi cara. Ya no veo la calle. Los recuerdos o ficciones regresan a mi memoria o imaginación. Un hombre muerto en mis brazos. «¿Acaso yo lo asesiné?», me pregunto. No hay nadie aquí, ya nadie me sigue. Recuerdo hombres y mujeres de mi vida, familia. ¿Acaso puedo ir donde ellos están? ¿Pero qué hago con este hombre? Fijo mi mirada en su rostro, es la del perseguidor. No tiene uniforme y botas de cuero lustradas y esa insignia en su pecho que le da licencia para agredir y matar. Acaso por eso lo maté. La muerte entonces sí está aquí, ahora y siempre. Pero mi vida real, mi vida de mendigo, mi vida de hombre de cartón, ¿Dónde la dejé?

Los rayos del sol nuevamente enciegan mi visión, el cielo azul y el calor en mi cara y espalda. Miro a todos lados. Hay personas. Me miran, me señalan. Alguien se acerca y pregunta: «¿Está bien? ¿Se hizo daño?». ¿Me lo dice a mí? No lo creo. Nadie me habla nunca. Estoy en el suelo, me levanto, miro hacia atrás y ahí está. Su macana me señala. Sus pisadas en el asfalto que ya golpeó mi cabeza son como pisadas de elefante que pronto me arrollarán. Me paraliza. El dolor, el miedo, el desasosiego, el hambre... Ahora quisiera ocuparme del hambre. Un largo bostezo espera la llegada del verdugo... El verdugo, claro, ¿Cómo no lo pensé antes? Él es la muerte. Su uniforme verde, su insignia, sus botas, su macana... Sonriendo espero, por fin, mi más grande sueño: dejar de ser un hombre de cartón.